tros barberos acostumbran sangrar, salvo que tienen un lomillo por medio y hacia las puntas graciosamente salen combadas, cortarán y raparán la barba y cabello con ellas, y de la primera vez y primero tajo, poco menos que con una navaja aguzada, más al segundo corte pierden los filos y luego es menester otra y otra para acabar de raparse el cabello, aunque a la verdad son baratas; finalmente muchas veces se han afeitado españoles seglares y religiosos con ellas; mas ciertamente verlas sacar es cosa digna de admiración, y haber acertado en el arte de sacarlas no es pequeño argumento de la viveza de los ingenios de los hombres, que tal manera de invención hallaron.

CAPÍTULO II. *De cómo los indios aprendieron los oficios mecánicos que ignoraban, y se perficionaron en los que antes usaban*

L PRIMERO Y ÚNICO SEMINARIO QUE HUBO en la Nueva España, para todo género de oficios y ejercicios, no sólo de los que pertenecen al servicio de la iglesia, mas también de los que sirven para el uso de las personas seglares, fue la capilla, que llaman de San Joseph, contigua a la iglesia y monasterio de San Francisco de esta ciudad de Mexico, donde residió muchos años, teniéndole a su cargo el muy siervo de Dios y famoso lego fray Pedro de Gante, primero y principal maestro e industrioso adestrador de los indios; el cual, no contentándose con tener grande escuela de niños que se enseñaban en la doctrina cristiana, y a leer y a escribir y cantar, procuró que los mozos grandecillos se aplicasen a aprender los oficios y artes de españoles que sus padres y abuelos no supieron, y se perficionasen en los que antes usaban. Para esto tuvo en el término de la capilla algunos aposentos y piezas dedicados para el efecto, donde los tenía recogidos y los hacía ejercitar primeramente en los oficios más comunes, como de sastres, zapateros, carpinteros, herreros, pintores y otros; y yo vi en la dicha capilla, en la fragua donde trabajaban los herreros y en otra sala grande, algunas cajas donde estaban los vasos de las colores de los pintores, aunque ya no ha quedado rastro de nada de esto; y por ventura, si este bendito religioso, en aquellos principios con su cuidado y diligencia, no los aplicara y aficionara a saber y deprender, según ellos de su natural, son dejados y muertos, mayormente en aquel tiempo que estaban como atónitos y espantados de la guerra pasada, de tantas muertes de los suyos, su pueblo arruinado; y finalmente de tan repentina mudanza y tan diferente en todas las cosas, sin duda se quedaran con los que sus antepasados sabían, o a lo menos con dificultad o tarde fueran entrando en los oficios de los españoles. Mas como comenzaron a desenvolverse con aquel ordinario ejercicio y se acudiciaron algo al provecho que se les seguía, demás de ser ellos como monas, que lo que ven hacer también lo quieren hacer,

de esta manera, muy en breve, salieron con los oficios más de lo que nuestros oficiales españoles quisieran, porque a los que venían de nuevo de España y pensaban que no había otros de su oficio, habían de vender y ganar como quisiesen, luego los indios se lo hurtaban, por la viveza grande de su ingenio y modos que para ello buscaban exquisitos, como en otro libro dejamos dicho, de los que hurtaron el oficio al primer tejedor sayalero que vino de España.

Un batihoja o batidor de oro, el primero que vino, pensó encubrir su oficio, y decía que era menester estar un hombre seis o siete años por aprendiz para salir con él; mas los indios no aguardaron a nada de esto, sino que miraron a todas las particularidades de el oficio, disimuladamente, y contaron los golpes que daba con el martillo y dónde hería, y cómo volvía y revolvía el molde, y antes que pasase el año sacaron oro batido, y para esto tomaron al maestro un librito prestado, que él no lo vio hasta que se lo volvieron. Este mismo era oficial de hacer guadamacies, y recatábase todo lo posible de los indios en lo que obraba, en especial que no supiesen dar el color dorado y plateado. Los indios, viendo que se escondía de ellos, acordaban de mirar los materiales que echaba y tomaron de cada cosa un poquito y fuéronse a un fraile (que sería el mismo fray Pedro de Gante, que holgaba de que ellos hiciesen aquestas travesuras), y dijéronle: padre, dinos adonde venden de esto que traemos, que si nosotros lo habemos a las manos, por mucho que el español se nos esconda haremos guadamacies, y les daremos el color dorado y plateado como los maestros de Castilla; díjoles el fraile adonde hallarían a comprar los materiales y traídos hicieron sus guadamacies.

Cuando quisieron contrahacer los indios las sillas de la gineta que comenzaba a hacer un español, acertaron a todo lo que para ella era menester, su coraza y sobrecoraza y bastos, mas no atinaban a hacer el fuste. Y como el sillero tuviese un fuste (como es costumbre) a la puerta de su casa, aguardaron a que el sillero se entrase a comer y llevaron el fuste para sacar otro, y sacado, otro día a la misma hora que comía, tornaron a poner el fuste en su lugar; lo cual, como vio el sillero, luego se temió que su oficio había de andar por las calles en manos de indios (como los otros oficios), y así fue, que desde a seis o siete días, vino un indio vendiendo fustes por la calle y llegó a su casa y le preguntó si le quería comprar aquellos fustes y otros que tenía hechos. De que al bueno de el sillero le tomó la rabia y quiso dar con ellos al indio en la cabeza, porque como era solo en el oficio vendía su obra como quería, y puesto en manos de indios había de bajar en harto menosprecio. Uno de los oficios que primeramente sacaron con harta perfección fue el hacer campanas, así en las medidas y grueso que la campana requiere en las asas y en el medio, como en el bordo y en la mezcla de el metal, según el oficio lo demanda; y así fundieron luego muchas campanas, chicas y grandes, muy limpias y de buena voz y sonido.

El oficio de el bordar les enseñó un santo fraile lego de San Francisco, italiano de nación, llamado fray Daniel, de quien se hace memoria en otra parte; el cual se fue a las provincias de Mechoacán y Xalisco a vivir y mo-

rir, habiendo dejado en esta de Mexico muchos ornamentos, no costosos, mas curiosos y vistosos, hechos de su mano y de los indios sus discípulos.

En los oficios que antes sabían se perficionaron los indios después que vieron las obras que hacían los españoles; los canteros, que eran curiosos en la escultura (como queda dicho) y labraban sin hierro, con solas piedras, cosas muy de ver, después que tuvieron picos y escodas y los demás instrumentos de hierro y vieron obras que los nuestros hacían, se aventajaron en gran manera, y así hacen y labran arcos redondos escazanos y terciados, y portadas y ventanas de mucha obra y cuantas cosas de cantería han visto; y ellos son los que lo labran todo, y por sus manos pasan las obras que los españoles hacen, que por maravilla hay alguno de ellos, que ponga mano en esto, por más oficial que sea; y en esta ciudad han hecho mucha y muy buena cantería, y la obra de esta iglesia de Santiago, que es una de las mejores de el reino y de las buenas de España, la han trabajado los indios sin más industria ni maestro que yo, que he sido el que la he trazado y ellos puéstolo en ejecución con sus manos, así en la mampostería como en la cantería. Lo que ellos no habían alcanzado, y tuvieron en mucho cuando lo vieron, fue hacer bóvedas, y cuando se hizo la primera (que fue la capilla mayor de la iglesia vieja de San Francisco de esta ciudad de Mexico, por mano de un cantero de Castilla) maravilláronse mucho los indios en ver cosa de bóveda, y no podían creer, sino que al quitar de los andamios, se había de caer, y ninguno osaba andar por abajo; mas viendo que quedaba firme la bóveda, luego perdieron el miedo. Y poco después los indios solos hicieron dos capillas de bóveda, que todavía duran en el patio de la iglesia principal de Tlaxcalla, y después acá han hecho y cubierto muy excelentes iglesias de bóveda, y casas de lo mismo, en tierras calientes; y esta iglesia de Santiago lo es, y ellos han hecho las cimbrias y las han desbaratado.

Los carpinteros, aunque cubrían de buena madera las casas de los señores y hacían otras obras de sus manos, es ahora muy diferente de lo que hacían, porque labran de todas maderas de carpintería, con mucho primor, y todo lo que los muy diestros artífices o arquitectos usan labrar. Y finalmente esto se puede entender por regla general que casi todas las buenas y curiosas obras que en todo género de oficios y artes se hacen en esta tierra de Indias (a lo menos en esta Nueva España) los indios son los que las ejercitan y labran, porque los españoles, maestros de los tales oficios, como hemos dicho, por maravilla hacen más que dar la obra a los indios y decirles cómo quieren que la hagan, y ellos la hacen tan perfecta que no se pueden mejorar.